

V

TRES ITINERARIOS EN LA CREACIÓN LITERARIA
ANTIIMPERIALISTA DE MÁXIMO SOTO HALL (1899-1928)

TRES ITINERARIOS EN LA CREACIÓN LITERARIA ANTIIMPERIALISTA DE MÁXIMO SOTO HALL (1899-1928)*⁸⁵

Mario Oliva Medina

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COSTA RICA

INTRODUCCIÓN

La figura de Máximo Soto Hall resulta paradójica cuando nos detenemos en la crítica literaria e histórica relacionada con su obra creativa y, más específicamente, con aquella referida a sus novelas de corte antiimperialista. Las creaciones de este autor han despertado opiniones y juicios diversos y contrastantes. Algunos de ellos lo ubican como el creador de la primera novela antiimperialista en el continente latinoamericano, por su obra *El problema*, publicada en 1899, al ficcionalizar en un relato la expansión norteamericana y las consecuencias en la región. En el otro extremo, tenemos a los críticos que interpretan la producción literaria del autor alejada de las posturas antiimperialistas y extienden ese punto de vista a su segunda novela, *La sombra de la Casa Blanca*, que dio a luz en septiembre de 1927, en la ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Pretendo mostrar que la creación literaria de Máximo Soto Hall está atravesada por una preocupación permanente, sistemática y reflexiva en

* Este trabajo fue presentado en el Seminario de Historia Intelectual que se desarrolló en El Colegio de México, el 15 de junio de 2009. Agradezco al Dr. Carlos Marichal y a la Dra. Alexandra Pita, Director y Coordinadora del Seminario, por la invitación para presentar y discutir el texto, mucho debo a esa reunión, los comentarios, las preguntas y divergencias manifestadas por los seminaristas e invitados que me permitieron precisar y corregir algunos de mis puntos de vista. En el Dr. Juan Durán Luzio tengo a un interlocutor privilegiado para mí. Siempre dispuesto a escucharme y a darme consejos, así como pistas para leer y comprender mejor los textos literarios, antes de escribir estas líneas conversamos largo y en profundidad sobre el tema. Agradezco a mi colega y alumna avanzada, Maribel Soto, por su revisión formal del texto.

torno al tema de la relación de los países latinoamericanos con la nueva potencia estadounidense que surge a finales del siglo XIX y que se consolida, de manera decisiva, a comienzos del siglo XX. Por otra parte, la obra de Soto Hall se centra en las repercusiones de tal relación, visibles en la historia, la economía, la política y la cultura de nuestros países. Por lo tanto, sostengo que cualquier acercamiento a dicha obra literaria debe ser puesto en diálogo con los marcos referenciales en que la obra se creó, circuló y consumió, pues, como bien expone Jorge Myers, sólo un análisis que privilegie la relación entre el contexto sociocultural de una época dada y los significados posibles que podían emerger de ese contexto, podrá dar nacimiento a una historia coherente, persuasiva, del particular desarrollo de la actividad de los expertos en el manejo de la palabra escrita en esta región del planeta¹.

Si como es de suponer, al menos en principio, el corpus al cual pretendo adentrarme tiene un carácter y una relación con procesos históricos, que se definen con el binomio imperialismo y el antiimperialismo, es necesario entender tales nociones como asuntos que se van construyendo es su propia historicidad. Por lo tanto, las obras literarias van dando cuenta de esa evolución que puede expresarse, ya sea de manera parcial o de modo más totalizante, incluyendo aspectos diversos y, por qué no, desplazando unos y privilegiando otros.

La propuesta planteada es que las obras de creación literaria de Soto Hall, novela y ensayo, dedicadas al tema del antiimperialismo, expresan la evolución histórica de tal concepto. Primero, en su novela *El problema*, relato que traza y anticipa los peligros de la nación todopoderosa del norte que emergía muy cercana a Centroamérica, lugar de enunciación y espacio ficcional donde se desenvuelve la trama. Casi tres décadas después, en 1927, el autor nos entregó otra novela, *La sombra de la Casa Blanca*, cuyo contenido se relaciona con la intervención de Estados Unidos en Nicaragua; un texto de factura indiscutiblemente antiimperialista, como veremos más adelante. A fin de reforzar aún más esta postura del quehacer del escritor guatemalteco, se incluye un tercer momento de creación, con su texto ensayístico *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, producido a inicios de 1928; es decir, con meses de diferencia en relación con su segunda novela. Ambos textos, por cierto, fueron publicados en la ciudad austral de Buenos Aires².

¹ Myers, "Los intelectuales latinoamericanos", p. 29.

² Queda por investigar pausadamente la producción literaria de Soto Hall durante casi

Soto Hall cambió de género literario y pasó de la novela al ensayo para profundizar su pensamiento antiimperialista. El género ensayístico permitirá a nuestro autor otro tipo de reflexión, fundada en un organizado conocimiento de las realidades que había presenciado y analizado a lo largo de la historia de América Latina.

Las relaciones entre América Latina y Estados Unidos han estado signadas por los vaivenes sociopolíticos, históricos y económicos. Las categorías de imperialismo y antiimperialismo nos permiten realizar acercamientos diversos para describir prácticas y representaciones de las tensiones entre imperio y nación.

Dado que en la noción de antiimperialismo encontramos diversidad de significantes, no parece adecuado considerarla como un concepto permanente, sino relativamente débil y cambiante, detrás de la cual se han depositado varias ideas acerca de cómo articular esa tensión entre nación e imperio en cada momento histórico³.

NOTA BIOGRÁFICA. ¿QUIÉN FUE EL AUTOR DE LA PRIMERA NOVELA ANTIIMPERIALISTA?

Máximo Soto Hall nació en Guatemala, en 1871, y murió en Buenos Aires, el 14 de mayo de 1944. Perteneció a la generación de guatemaltecos educados enteramente en el marco de la reforma liberal y partícipes de la vida pública cuando la reforma había entrado en su etapa menos auténtica.

tres décadas que separan su primera novela antiimperialista y la segunda; el proceso de cambio ideológico que fue sufriendo antes de su estancia en la Argentina, a partir de 1920, y su incorporación inmediata a la empresa periodística *La Prensa*. Probablemente, en ese diario podríamos encontrar algunas pistas de esa evolución. Lo cierto es que durante los primeros veinte años del siglo xx, su creación fluctuó entre la producción literaria y el ensayo histórico sin muestra visible de producciones antiimperialistas. Esto último pertenece a la década siguiente, una novela, un ensayo y una obra teatro dedicada a Sandino.

³ Óscar Terán se refirió a las corrientes espiritualistas de principios del siglo xx, precursoras de las actuales nociones de antiimperialismo, y analizó las maneras en que autores como Rodó y Darío conceptualizaron la influencia norteamericana en América Latina. Nos sugiere variadas preguntas sobre una categoría que, aunque escasamente elaborada en la reflexión académica, ha sido particularmente relevante en la dinámica política del siglo XX latinoamericano entre nación e imperio en cada momento histórico... Marchesi, "Imaginación política del imperialismo", p. 1.

Hombre erudito y buen orador, Teresa Arévalo pinta a Soto Hall como de “arrogante presencia, cabellos ensortijados, ojos burlones y facciones regulares”. Añade la autora que “un pasado doloroso, un amor frustrado o una ambición insatisfecha sumaba cierta cantidad de cinismo de burla y de ironía a su rostro, sin restarle atracción”. Amílcar Echeverría nos comenta que era “hombre de anchos horizontes y de severa cultura acendrada en sus múltiples viajes y en sus definidores contactos diplomáticos”. Máximo Soto Hall, dice César Brañas, “derrochó su juventud y media madurez en un medio grato para el menor esfuerzo e ingrato para la hazaña, y que lo arrastraba a la infecunda bohemia y a toda proclividad desventurada como sin salvación”. Servidor de la dictadura de Estrada Cabrera, escribió poemas de circunstancias, “heridos de oficialismo y de error”, nacidos “a impulsos de necesidades y oscuras miserias”, afirmaba Brañas⁴.

Soto Hall provenía de una acaudalada familia de empresarios, profesionales, políticos e intelectuales⁵. Al parecer, esta situación fue decisiva en muchos casos para el desenvolvimiento político e intelectual del autor. Publicó su primer poemario titulado *Para ellas* y, en 1892, fue designado secretario de la legación de Guatemala en la capital española. Permaneció en Europa durante tres años; viajó por Italia, Inglaterra y Francia; editó tres libros: uno de cuentos, *Dijes y bronces*; una novela, *El ideal*, en Madrid, así como un tomo de poemas, titulado *Poemas y rimas*, en París. Conoció a políticos y escritores como Emilio Castelar, William E. Gladstone, Bartolomé Mitre y Francisco Icaza, entre otros.

En 1896, Soto Hall vivía en San José y laboraba en varios periódicos; editaba una revista y empezaba a integrarse al círculo de intelectuales vinculados con el gobierno autoritario de Rafael Iglesias (1894-1902). La estancia en Costa Rica fue vital en varios sentidos: en ese país conoció a su primera esposa, Julia Bonilla, con quien tuvo un hijo y de la que se divorciará pocos años después. En este periplo, publica su novela más célebre y, a fines de 1897, empieza una larga y profunda amistad con Manuel Estrada Cabrera, cuando éste fue enviado de Guatemala en misión diplomática a la capital costarricense. Soto Hall realizó una variedad de

⁴ Albizúrez y Barrios, *Historia de la literatura*, p. 55.

⁵ Los datos biográficos han sido tomados de una documentada secuencia, realizada por Iván Molina en su artículo *El escritor guatemalteco Máximo Soto Hall y los problemas de su novela El problema (1899)*; sobre todo lo referente a los años anteriores de su partida a Buenos Aires, p. 204-222.

trabajos para Estrada Cabrera como agente diplomático, escritor de cartillas cívicas, discursos y libros de texto.

Cuando concluyó la dictadura de Estrada Cabrera en 1920, producto de una insurrección popular, Soto Hall se encontraba en Estados Unidos. Desde allí inició un largo y definitivo exilio que lo llevó por varios países de Suramérica y que concluirá en Argentina. En 1920, se trasladó a Buenos Aires con su segunda esposa, la estadounidense Anny Miles, donde trabajó como redactor del prestigioso periódico *La Prensa*. Vivirá en esa ciudad prácticamente hasta su muerte, en 1944.

LA NOVELA: O EL PROBLEMA DE SU PRIMERA RECEPCIÓN HASTA EL DEBATE CONTEMPORÁNEO

Contamos con dos inmejorables investigaciones para referirnos a la recepción de la novela *El problema*. La primera, de carácter documental, realizada por Iván Molina y Verónica Ríos, en la que se recogen treinta entradas de comentarios de lectores de la novela, aparecidas en periódicos y revistas, entre 1899 y 1904. La segunda es sólo de Verónica Ríos, quien evalúa y ubica esas lecturas provocadas por dicho texto⁶.

La novela *El problema* se publicó el 6 septiembre de 1899, su extensión constaba de 166 páginas y se vendió a 75 centavos. Fue precedida por una publicidad poco usual en aquella época para un texto literario: “Pronto saldrá a la venta *El problema*, interesante novela por D. Máximo Soto Hall”, presagiaba *El Anunciador Costarricense*, el 1° de septiembre de 1899. Más explícita era la nota publicada en *La República*, diario de la mañana, el 6 de septiembre de 1899:

“*El problema*. Saldrá muy pronto el libro de Máximo Soto Hall que llevará este título. No lo conocemos, pero, según informes de amigos nuestros que lo han leído en cuartillas de combate, es merecedor de quieta lectura. Lo recomendamos, y después de leerlo, daremos nuestra opinión de él”.

Varios fueron los periódicos que anunciaron su venta e invitaron a su lectura, prometiendo comentarios futuros. En un inicio se señaló el

⁶ Molina, *La estela de la pluma*, y Quesada, “*El problema* en el contexto costarricense”, pp. 1-45; Ríos Quesada, “El impacto de la publicación”, pp. 1-18.

contenido de la novela: “se trata del grave asunto de anexión a Estados Unidos” o “el asunto de que se trata es de gran interés político social y creemos que llamará la atención”.

En un primer momento y de modo muy general, se presagiaban lecturas posibles de un interés ineludible, no solo para los expertos y competentes, es decir, los críticos, sino para aquellos que conformaban el espacio de formación de opinión pública, como eran los periódicos y revistas costarricenses decimonónicas y finiseculares.

Luego se abrió un segundo momento en la recepción, el cual estuvo marcado por dos posiciones. Una, la de quienes simpatizan con la previsión o juicio de la novela, donde se anticipaba la absorción inevitable de Costa Rica (lugar ficcional donde ocurre el relato) por parte de Estados Unidos. La segunda, compuesta por aquellos que, al contrario, entraron en desacuerdo con tales conclusiones de la novela. Obsérvese lo que uno de los lectores expresa de modo convincente:

El problema tiene, pues, una conclusión concreta y tangible, Julio, último representante de la raza latina (en América), muere aplastado por la locomotora de Mr. Crissey, símbolo de la expansión imperial de la raza angloamericana. Todo eso está muy bien, lo repito, en la novela; pero el poema de ud. no es un pasatiempo, sino de [sic] propaganda, la enseñanza capital que de él pudiera deducirse, la juzgo fatal de verdad, inconveniente y peligrosa: peligrosa, sobre todo, para los pueblos nuestros, para la juventud hispanoamericana. Hoy, que es tan común oír que se condena al desprecio y el oprobio a la raza latina. No sería extraño que cundiera en hispano-América la idea de nuestro propio desprecio, y que por indolencia o desaliento nos arrojáramos todos a morir bajo las ruedas de las locomotoras *yankees*, que se aprestan a invadir nuestro territorio⁷.

He anotado esta apropiación de la lectura de *El problema*, por ser una posición esclarecedora de lo planteado en la novela. La superioridad material como símbolo de la carrera imperialista anglosajona, emprendida por Estados Unidos, durante, al menos, los últimos veinte años del siglo XIX en Latinoamérica, representaba la muerte de la raza latina, como efectivamente ocurre en el desenlace de la narración. El lector juzgaba peligrosa dicha conclusión, al menos en términos políticos, para la inde-

⁷ Borja, p. 15.

pendencia y soberanía de nuestros países. Y agregó algo más, la novela era una representación del imperialismo que dejaba fuera su contraparte, el antiimperialismo, postura que debía ser asumida por nuestros pueblos y por la juventud hispanoamericana.

Sin duda, una historia de los textos —en esto seguimos a Roger Chartier— es una historia de las diferentes modalidades de su apropiación. Por una parte, esa historia debe considerar que *el mundo de los textos*, en el sentido de Ricoeur, es un mundo de objetos, de *performances*, cuyos dispositivos y reglas permiten y limitan la producción del sentido. Por otra, debe tomar en cuenta que el *mundo del lector* es siempre, como dice Stanley Finch, el de la “comunidad de interpretación” a la que pertenece y que se define a través de un mismo conjunto de competencias, normas, usos e intereses. De ahí la necesidad de una doble atención: a la materialidad de los textos y a la corporalidad de los lectores⁸.

La crítica Verónica Ríos Quesada, repasando las opiniones, lecturas y consumo de la novela por su primer público, repara en que no se usa el adjetivo *antiimperialista*, justamente el calificativo que suele identificar a la novela desde la 1940. Asimismo, enfatiza el carácter imperialista de Estados Unidos, como lo hace Manuel Aragón, así como la naturaleza *proyanqui* de la novela, como subraya también Gil Mayorga⁹.

La constatación de la ausencia del adjetivo *antiimperialismo*, me lleva a sugerir, hipotéticamente, que no es estrictamente necesario su uso para visualizar una actitud, una mentalidad ni la representación literaria antiimperialista. Como bien señala Óscar Terán, resulta difícil de comprender el éxito de *Ariel*, de José Enrique Rodó, sin inscribirlo al tema antiimperialista, como se ve, por lo menos, en dos líneas de lectura que lo cruzan literalmente. En una de ellas, se hace notar la alarma ante “el peligro yanqui”, que desde la guerra hispano-americana conmovía a vastos estratos políticos e intelectuales latinoamericanos. En la otra, se aprecia la sensibilidad instalada por el modernismo rubendariano, movimiento que a su vez consonaba con el espíritu de la “reacción antipositivista”, difundida en el escenario europeo en la última década del siglo XIX y con una recepción atenuada y desfasada pero creciente en América Latina¹⁰.

⁸ Chartier, pp. 24-25.

⁹ Ríos Quesada, “El impacto de la publicación,” p. 18.

¹⁰ Terán, *El Ariel de Rodó*, p. 1. Saldrá próximamente de manera póstuma, me fue facilitado por la doctora Liliana Weinberg.

Ambas lecturas son, precisamente, las que debemos emprender con el tipo de textos primigenios de aquellos que, tímida y débilmente, incluimos como antiimperialistas.

Los entornos de la segunda polémica

En 1992, la editorial Costa Rica publicó nuevamente la novela *El problema*, esta vez precedida por dos estudios firmados por Álvaro Quesada y Juan Durán Luzio¹¹. Álvaro Quesada establece que a partir de esta novela se introduce, en la literatura costarricense y en la literatura hispanoamericana en general, lo que habrá de convertirse en uno de sus temas más importantes: las relaciones entre nuestra América latina y la América del Norte. Específicamente, la posición ambivalente de la oligarquía liberal ante la crisis definitiva de la nueva época histórica, en relación con la influencia económica y política de Estados Unidos¹². Además, para ambos autores, la fecha en que se publicó *El problema*, 1899, es significativa desde el punto de vista histórico y literario. La novela se inscribe dentro de la polémica sobre las posibilidades y alcances de una literatura nacional, en el marco de consolidación de un estado oligárquico¹³.

En 1899, se fundó en Boston la United Fruit Co., primer *trust* agrícola del mundo y futuro símbolo del imperialismo estadounidense en el Caribe americano. Tal hecho se convirtió en un referente obligado de la novela antiimperialista centroamericana posterior a 1934¹⁴. Un año antes se producía la guerra de Cuba, Puerto Rico y Filipinas contra España, el subsiguiente Tratado de París, de diciembre de 1898, y a partir del 1º de enero de 1899, los grupos dominantes de Estados Unidos se apoderaron de las 7,100 islas del archipiélago filipino y de Guam, en el Océano Pacífico, al igual que de Puerto Rico y Cuba. El pretexto de Estados Unidos para apropiarse de esos territorios era, en el caso del Pacífico, el derecho

¹¹ Ambos autores tienen contribuciones de primer orden en el estudio de la literatura costarricense e hispanoamericana. Quesada se había pronunciado sobre la novela en 1984, en un artículo titulado “El problema. Primera novela antiimperialista”, y Durán Luzio lo hizo un año más tarde, en 1985, en “Estados Unidos versus Hispanoamérica: entorno a la novela del 98. Soto Hall”, texto aparecido en la revista de Casa de las Américas.

¹² Quesada, “*El problema* en el contexto costarricense”, p. 13.

¹³ Quesada, “*El problema* en el contexto costarricense,” p. 13.

¹⁴ Quesada, “*El problema* en el contexto costarricense,” p. 13.

a reclamar un botín de guerra, y en el Atlántico, el subterfugio de crear los mecanismos que, supuestamente, permitirían consagrar la soberanía y la independencia de la mayor de las Antillas. Lo anterior, junto con la anexión de Hawai, en 1898, y el constante incremento de su poderío económico y militar, transformó a Estados Unidos de América en “una auténtica potencia mundial”¹⁵.

Entre las interpretaciones críticas más influyentes de estos procesos fue, como es bien sabido, la publicación de *Ariel*, de José Enrique Rodó, en el año 1900. En su obra, Rodó explicó lo que representaban los dos bloques en que se dividía el continente llamado Nuevo Mundo. Muestra la visión de las dos Américas: la del Sur, “nuestra América latina”, frente a la América del Norte, una América deslatinizada; una contraposición dialéctica entre el pensamiento y la sangre latina y el mundo anglosajón”¹⁶. Varios de los planteamientos esgrimidos por Rodó también se exponían, en forma narrativa, en la novela de Soto Hall. Estos planteamientos, además, también fueron nitidamente expresados por algunos de los lectores de la novela a fines del siglo XIX.

Para el crítico Álvaro Quesada, *El problema*, de acuerdo con la ideología liberal y positivista, proyectada desde las metrópolis en los intelectuales oligárquicos, se sujeta, en su fabulación y en su concepción de los personajes, a un estricto darwinismo determinista y mecanicista. Los conflictos que entraña el complejo fenómeno histórico del imperialismo, se enfocan en la novela partiendo de una transposición mecánica de ciertas leyes naturales al campo de la vida social. Según éstas, el más fuerte o el más apto debe destruir o someter bajo su dominio al más débil o menos apto. Así, se legitiman, como mandatos de la naturaleza, las leyes del mercado o las normas de la civilización que garantizarían el mejoramiento de la raza o el progreso, bajo el precepto de que los intereses de los países más ricos o poderosos son válidos, así como su derecho a someter a las naciones pobres y débiles. La absorción de Centroamérica por los *yankees* aparece en la novela como producto del enfrentamiento entre dos razas: la latina, débil y enfermiza, “muy superior en espíritu, pero inferior en materia”, y la sajona, sin escrúpulos y cruel, pero pujante, práctica y dominadora¹⁷.

¹⁵ Suárez, pp. 34-40.

¹⁶ Andueza, p. 39.

¹⁷ Quesada, “*El problema* en el contexto costarricense,” p. 14.

Una de las debilidades de esta novela, según Quesada, es la completa ausencia del pueblo como sujeto de resolución del conflicto, desplazándolo o ubicándolo en un espacio de carácter moral o apolítico de las oligarquías. Pero, al fin y al cabo, el principal objetivo de Soto Hall consiste en criticar, con distanciamiento e ironía, la lógica enajenada y autodestructiva del discurso nacional oligárquico. Así, el suicidio simbólico que cierra la novela no debía verse como una realidad inevitable, sino como una posibilidad utópica. La novela puede entenderse como una antiutopía admonitoria que, al formular las indeseables consecuencias del presente, procura generar las defensas necesarias para evitar ese manifiesto futuro. Así, la novela traslada su trama al año 1928, al mejor estilo de las obras de ciencia ficción como recurso literario.

Por otro lado, hay dos autores que manifiestan su desacuerdo con la tesis de considerar *El problema* como antiimperialista. El primero de ellos, el historiador Rodrigo Quesada, de manera categórica expresa:

para empezar, temo que calificar de antiimperialista la novela de Soto Hall es, por decir lo menos, bastante atrevido; atrevimiento que adjudico a sus exégetas del presente, más que al mismo escritor. A mi modo de ver, aunque no llega a ser proimperialista, la obra es un bien logrado panegírico aristocrático de un progresismo consecuentemente conservador¹⁸.

Y añade que en su lectura no encontró rasgo alguno de una clara posición antiimperialista, lo cual no significa que no la tuviera. Quesada avanza un poco más en una cuestión de fondo, específicamente, en la conceptualización del antiimperialismo y nos dice:

no se es antiimperialista porque se esté contra la inversión extranjera. Por tanto el antiimperialismo, no es el resultado de la buena voluntad de un individuo o de un grupo que se arriesga a las herejías políticas en una sociedad definida¹⁹.

Atribuirle a Soto Hall el mérito de haber sido el primero en iniciar la novela antiimperialista en Hispanoamérica le parece a este autor una exageración, lo cual no minimiza la calidad artística de la obra. De manera

¹⁸ Quesada, "El problema en el contexto costarricense," p. 45.

¹⁹ Quesada Monge, "El problema del imperialismo," pp. 49-50.

contundente, concluye que el antiimperialismo es una acción colectiva y no es desde la producción artística, exclusivamente, donde se formula²⁰.

Otra interpretación sobre la novela pertenece al historiador Iván Molina, quien estudia en detalle la construcción de la versión de *El problema* como novela antiimperialista, resultado de un complejo proceso de lecturas diversas realizadas por variados lectores, algunos de ellos críticos de mucha envergadura, como David Vela, Vargas Vila, José Santos Chocano, Max Henríquez Ureña o Seymour Menton.

Termino este apartado indicando que, sin menoscabo de los otras lecturas y sentidos con que se mira esta obra, así como de sus posteriores interpretaciones, la novela *El problema*, que contó con varias ediciones en diversos países de América Latina, tuvo la virtud singular de abrir un nuevo debate en la segunda mitad del siglo xx. Ésta es una característica que escasas obras literarias del siglo xix costarricense ostentan. Igualmente polémicas serán dos obras muy posteriores de Soto Hall que redactará y publicará lejos de su tierra natal.

MÁXIMO SOTO HALL EN LA ARGENTINA

Cuando aparecieron sus dos libros con contenido antiimperialista, separados por pocos meses, entre 1927 y 1928, recordemos, Soto Hall y su segunda esposa, Anny Miles, radicaban desde inicios de esa década en la ciudad de Buenos Aires, donde éste se desempeñaba como redactor en el diario *La Prensa*. No contamos con un estudio particular de aquella estancia en el país del Sur; sin embargo, referencias indirectas permiten comprender algunos rasgos de su vida intelectual y política que sufre cambios significativos respecto a sus años anteriores. Su permanencia en la Argentina coincide con una etapa de madurez, llegaba al filo de los cincuenta años, con una producción literaria abundante, lo que muy probablemente le permitía una inserción rápida en círculos políticos de izquierda y progresistas. Logró cultivar un gran prestigio entre los intelectuales y políticos argentinos; algunos de manera constante, le visitaban en su casa. El guatemalteco, fuera por visitas de paso o por residentes, obtenía noticias o, simplemente, un saludo para compartir. Viajaba por la geografía americana, financiado por la empresa periodística para la que

²⁰ Quesada Monge, “*El problema del imperialismo*,” p. 53.

trabajaba, dictaba conferencia sobre temas diversos y, muy especialmente, sobre asuntos argentinos y de la vida intelectual de ese país.

En 1927, recién llegado a Buenos Aires, Juan José Arévalo lo visitó. De este hecho logramos rescatar algunos recuerdos de sus conversaciones que abonan sobre su nueva filiación política:

Panamericanismo rebelde el suyo, pues nunca pudo ocultar su antiimperialismo, principalmente ahora que César Augusto Sandino renueva desde las montañas de Nicaragua la batalla. Soto Hall es sandinista fanático y prepara algunos libros con mucho fuego contra el Coloso del Norte. Esta posición panamericanista antiyanqui engarza muy bien en el clima político argentino, pues desde Irigoyen la Argentina ensaya postura antagónica contra los Estados Unidos²¹.

Dos eran los libros que preparaba Soto Hall. El primero, su novela *a La sombra de la Casa Blanca*, que apareció en 1927, y el segundo, *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, que salió al año siguiente. En mayo de 1928 se puso en escena, en el Teatro Ateneo de Buenos Aires, su obra *Sandino*. Juan José Arévalo, Herrera Arrivillaga y el dirigente chileno, César Godoy Urrutia, asistieron al estreno. La velada fue un éxito, la sala estaba repleta de gente de letras, periodistas, políticos, historiadores y profesores. En las siguientes funciones, el público fue escaseando y la obra duró una semana en tablas, cuestión que Arévalo atribuyó a que “quizá había en su texto demasiado asunto político de ambiente Caribe. Quizá el énfasis antiimperialista no casaba bien con la literatura usual. Era teatro de trinchera, con escaso público callejero”.

Soto Hall, atendió Juan José Arévalo, desarrollaba una intensa y activa vida política, alentado por su esposa, quien agradecía a Guatemala el rescate del escritor, náufrago de los ríos de Baco. Frecuentes eran los encuentros en su casa para recibir a personalidades de la talla de Alfredo Palacios, figura preclara de la política Argentina, compañero de José Ingenieros y de Baltasar Brum.

El ambiente bonaerense donde vivía Soto Hall y su círculo más cercano, se caracterizaba por el latinoamericanismo y antiimperialismo de Alfredo Palacios. En esos años se hablaba de la unidad de América Latina con base en un *nacionalismo americano*, pregonado principalmente

²¹ Arévalo, *La Argentina que yo viví*, p. 37.

por Ricardo Rojas, o un *nacionalismo continental*, como gustaban decir los fundadores de *Alianza continental*, a comienzos de 1927, con su principal expositor, Manuel Ugarte. Otros argentinos como Ingenieros, Olazábal Quintana, Baldrich, creyeron que había llegado la hora de enlazarse en una grandiosa unidad política para combatir el peligro sajón. Palacios militaba junto a ellos e infundía respeto al movimiento.

La irrupción de Sandino en Las Segovias electrizó a los intelectuales latinoamericanos, a quienes les pareció que había empezado la gran liberación. Soto Hall fue para los argentinos un fecundo surtidor de datos geográficos, históricos y políticos, principalmente sobre Centroamérica y Las Antillas. El poderoso diario *La Prensa*, propiedad de una familia opulenta, no mostró escrúpulos en publicar como suyos, en editorial, los fogosos artículos, un poco retóricos, que redactaba el guatemalteco²².

Anny Miles lo apoyaba siempre. Versada en asuntos políticos, disponía de un bagaje cultural acopiado en lecturas personales; ella era, quizá, un poco más dogmática que el marido. Ambos se movían dentro de un clima revolucionario social, en predios socialistas, pero un poco más allá del socialismo democrático. Eran estimados y agasajados por argentinos y exaltaban lo guatemalteco en esos medios como no lo lograron los diplomáticos oficiales, cuando los hubo.

EL ENSAYO NICARAGUA Y EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

Máximo Soto Hall publicó en 1928 su ensayo dedicado a la intervención norteamericana en Nicaragua. Pasó de la ficción al ensayo, de la novela a la prosa de ideas. Quiso transmitir opiniones sobre la intervención norteamericana para el conocimiento y discusión de sus lectores, donde se puede apreciar una conexión más estrecha entre esta forma y la vida social, política y económica en nuestros países hispanoamericanos. *Nicaragua y el imperialismo norteamericano* apareció editado en Argentina, por Artes y Letras Editorial. El libro presentaba un subtítulo directo: *Contraste entre la insolencia norteamericana y la vergonzosa tolerancia de los gobiernos de América Latina*; su contenido se vertía en 163 páginas y fue dedicado por su autor a sus colegas de la siguiente manera: “A los periodistas latinoamericanos que fieles a la sagrada voluntad de los

²² Arévalo, *La Argentina que yo viví*, p. 59.

pueblos, han defendido la causa de la justicia y del derecho en América. Con respeto y cariño”.

Al inicio del ensayo se fija una de las funciones del género: “Estamos en presencia de un hecho inaudito, de un crimen internacional sin precedente en la historia de América”. Esta es una actitud testimonial, el vivo interactuar de un escritor con su contemporaneidad, en la que no puede obviar el tema de la invasión de Estados Unidos a Nicaragua en el año de 1928, que culminaba un largo proceso de intervenciones en ese país. En *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, Soto Hall calificará el hecho como:

un crimen, crimen de dimensiones sin precedentes en la historia de América que en su inventario guarda infinidad de quebrantamientos, incluido el nada despreciable proceso de conquista y colonización de América por parte del imperio español (pp. 7-8).

El autor irá exponiendo de manera documentada los crímenes cometidos por los españoles y los comparará con los perpetrados por Estados Unidos en Haití, República Dominicana y en Nicaragua, empujados todos, dice, por la codicia y el poder. Soto Hall acusará a Washington por el atropello a la soberanía de los países y por asesinar a los que defienden esa soberanía en nombre de una supuesta protección, así como de la amistad internacional (p. 10). Asimismo, denuncia los bombardeos en Nicaragua y toda acción bélica sobre ese país.

Por otra parte, en su ensayo, Soto Hall articula itinerarios históricos de la lucha en América Central, como la victoria alcanzada en 1856 contra el corsario William Walker, al que dedicó sendas páginas exaltando la valentía y heroicidad de personajes destacados como el presidente de Costa Rica, Juan R. Mora, y un capítulo para honrar a Juan Santamaría: “Bronce al soldado Juan! Música, himnos al Mestizo ¡pompa y gloria al ‘gallego’, y heroísmo en el ciudadano humilde que murió valiente, en trance raro y épico” (p. 125). La cita corresponde, en verdad, a una reproducción que hace Soto Hall de una parte del discurso de Rubén Darío, dado con motivo de la inauguración de la estatua de Juan Santamaría, en la ciudad de Alajuela, en Costa Rica, en 1891.

Asimismo, el autor diferencia la invasión filibustera en Centroamérica de la que se estaba viviendo a comienzos del siglo xx, al calificar a la última de hecho más grave, pues, en este caso, se trata de la nación más

poderosa del mundo la que oprime y esclaviza a una de las más pequeñas. Reprocha a los diplomáticos hispanoamericanos en Washington no haber hecho “ni un gesto de protesta, ni una palabra de censura, ni siquiera una insinuación amistosa. Se encorvan los espinazos flexibles ante el poderoso y enmudecen los labios cobardes ante el crimen”, escribe. También extendió su crítica a la Unión Panamericana, organización encargada de velar por los intereses de los pueblos de América, por no buscar una salida digna al conflicto. Soto Hall redimía con todo fervor al pueblo, que “tiene la protesta en la boca y la censura en el corazón” (p. 19). El ensayista encuentra la solidaridad con Nicaragua sólo en los sectores intelectuales, en cierto periodismo, en instituciones prestigiosas, en los maestros, en los trabajadores y en los más insignificantes exponentes de la vida nacional; para él, todos ellos tienen el gesto airado y noble de la rebeldía ante la atentatoria conducta del gobierno norteamericano.

Para Soto Hall, el fundamento de la intervención norteamericana en la pequeña república centroamericana se encuentra en las condiciones topográficas y geográficas del territorio nicaragüense. Nicaragua ofrecía las facilidades de un paso interoceánico entre el Atlántico y el Pacífico. Por ello, expone críticamente la historia de los diversos intentos y la firma de tratados políticos, por parte de potencias extranjeras, para obtener los beneficios de construcción de dicho paso; incluidos los empréstitos en condiciones onerosas para la pequeña nación centroamericana. Advirtió, también, sobre la inminente ocupación militar por parte de Estados Unidos en Nicaragua y denunció el panamericanismo encauzado por la Casa Blanca, apoyado y aceptado por los gobiernos de América Latina.

Otro de los aspectos al que concedió atención el ensayista fue a los aliados internos del imperialismo norteamericano, representados en los sectores conservadores nacionales que, desde 1909, desarrollaban una política de abyección y servilismo hacia Estados Unidos (p. 119). Soto Hall atacó al delegado nicaragüense en la VI Conferencia Panamericana, por su actitud de aislamiento, contraria a toda la tradición de los próceres latinoamericanos como San Martín y Bolívar, quienes propiciaron la solidaridad y la cordialidad entre los pueblos.

En un elocuente y bien logrado capítulo, Soto Hall pasó revista a lo que consideraba oportuno y positivo para el continente y emplazó a los delegados de las conferencias a recordar, como un deber, la pregunta de “¿por qué el presidente de Cuba y los delegados cubanos no volvieron sus ojos a los manes sagrados de José Martí, como aquél que rezaba: “El

oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer, con otros métodos y nombres el sistema imperial por donde se corrompen y mueren las repúblicas?” (p. 129)

Soto Hall no dejó pasar la oportunidad y en arrebatado de fascinación y afinidad por el cubano continental nos dejó estas impresiones, en su ya madura y delicada prosa:

Su alma era un tabernáculo en que guarda como sagradas reliquias a todas las naciones americanas. Penetró en su historia, adivinó sus tormentos, se compenetró con sus infortunios, conoció a sus hombres, admiró sus virtudes, santificó sus sacrificios y tuvo en todos los momentos de su vida una palpitación de su genio para los pueblos americanos. Miembro nato de la familia de los héroes cantó a sus predecesores, en prosa que era verso y en párrafos que eran estrofas. Para cada gesto de rebeldía tuvo un aplauso, para cada triunfo de libertad de hosanna²³.

¿Acaso el ensayista guatemalteco no parece de la misma estirpe del prócer cubano? Soto Hall, en aquellas horas de tribulaciones centroamericanas, también alzó su voz de protesta contra todos los actos imperiales de manera muy creativa, usando las figuras de Martí o Sandino, sobre quienes mostraba un sólido conocimiento.

Los sucesos de Nicaragua hubieran colmado su indignación de varón integérrimo, la figura de Sandino le hubiera arrancado un himno. Sandino era de los suyos, de los que no inclinan la cabeza, ni encorvan la espina dorsal, ni doblan la rodilla. El cantor del libertador lo hubiera cantado y el director de muchedumbres hubiera dicho a los suyos: “Id tras él”. Ante los que quieren ahogar el grito de Sandino, por convencionalismo vergonzante y cortesías de oropel. ¿Qué les hubiera dicho Martí? (p. 130).

El ensayo termina con opiniones de personalidades estadounidenses sobre los asuntos de Nicaragua, recurso y estrategia discursiva para establecer que el tema de estudio también conmovía a un conglomerado humano más allá del propio continente latinoamericano. Antes de ello, Soto Hall aclaraba que se podía conformar un volumen de cientos de páginas con opiniones de distinguidos norteamericanos sobre la política seguida por el gobierno de Estados Unidos en la América Latina. Asimismo, reco-

²³ Soto Hall, *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, p. 130.

gía una muestra de esas opiniones de juristas distinguidos, de diplomáticos que han representado a su país en naciones latinoamericanas, profesores universitarios y periodistas.

Soto Hall profesaba un pensamiento unionista centroamericano cada vez que se refería al tema, hundía sus reflexiones en la historia de la región y alentaba, a partir de las comunes atenciones, una acción conjunta para la defensa de los intereses comunes. La explotación de la riqueza general y, sobre todo, la persecución de los grandes ideales colectivos que puedan hacer de esos fragmentos, unidos, una nación respetada y respetable, con puesto de prominencia entre los pueblos cultos de la tierra.

En este ensayo se puede observar, además, la presencia de ciertas corrientes antiimperialistas. La primera estaba encabezada por el argentino Manuel Ugarte y se desarrolló entre 1910 y la primera mitad de los años veinte. La prédica de Ugarte y otras concurrentes promovieron lo que podría llamarse la primera plantilla coherente, y básicamente completa, de la acción imperialista y colonialista en América Latina. Se condensaban en ella actitudes de superioridad, codicia y desprecio racista hacia los pueblos del sur; el logro de sustanciosas concesiones, la insignificancia de las regalías que se vertían en los distintos casos en que éstas se convinieran, y las situaciones de monocultivo, entre otras. En el plano político, el verificado fomento de esos desórdenes internos y de esos conflictos fútiles para desestabilizar y desalojar luego, a cualquier autoridad que incomodara por sus arrestos de dignidad nacional o sus propósitos de equidad social²⁴.

Varios fueron los mecanismos que utilizó el autor para influir en los lectores: el yo es un *nosotros*, testimonio de una voluntad colectiva de la cual el escritor se siente parte e intérprete, es dialógico e intenta que el diálogo gire en torno a una actitud programática. Pretende, además, influir en la opinión pública y contribuir al esclarecimiento de muchas verdades (p. 146).

LA SOMBRA DE LA CASA BLANCA, SU SEGUNDA NOVELA

Esta obra fue publicada en 1927 por El Ateneo, librería científica y literaria ubicada en Buenos Aires, Argentina. Hasta lo que ahora sabemos, no gozó de una recepción tan abundante, ni por su primer público ni por parte de la crítica académica, en comparación con *El problema*. No obs-

²⁴ Real de Azúa, "Ante el imperialismo," pp. 274-275.

tante, se logró localizar dos comentarios suscitados al calor de su edición. Uno apareció en el periódico *El tiempo* de Bogotá y fue reproducido en *Repertorio Americano*, el 18 de febrero de 1928. El otro aparece en el mismo año, firmado por el escritor Miguel Ángel Asturias²⁵.

A pesar de la escasez de información con la que se cuenta sobre la acogida de la novela, se ha de suponer cierta circulación y recepción de la obra. Para fines del decenio de 1920, cuando se publicó, el autor era reconocido en Argentina y muchos países latinoamericanos, ya fuera por sus libros o como conferencista habitual en las principales capitales del continente, así como en algunas ciudades norteamericanas.

El tiempo de Bogotá, anunciaba la llegada de la novela a esa ciudad y resumía su contenido, como el caso de Nicaragua caída en las garras de financistas yanquis. La crónica periodística invitaba a leer el libro de Soto Hall para conocer cómo procedían las finanzas norteamericanas, apoyadas por su gobierno, para adueñarse de un país, y el papel de instituciones como la Unión Panamericana en la consolidación del poderío de Wall Street. Notificaba también de un detalle particular: *La sombra de la Casa Blanca* iba a publicarse desde el día siguiente como un folletín. Para los que no quisieran esperar su salida en ese formato, el libro ya estaba a la venta en la Librería Colombiana.

En la nota, el cronista puntualizaba: “no vaya a creerse que se trata de una obra árida: por el contrario, el martirio de Nicaragua está envuelto dentro de una trama novelesca del mayor interés. El héroe del libro, Alberto Urzúa, es el mismo general Sandino que hoy combate a los yanquis”. Por último, la crónica hablaba de ciertas claves en el libro, pues aparecían con nombres supuestos todos los personajes que han actuado en el drama nicaragüense, y anunciaba: “mañana, para ilustrar al lector, daremos la cifra de la clave”.

Se desprende que la empresa periodística se aprestaba no sólo a publicar la novela por entregas, con lo que se aseguraba una lectura masiva de la obra, sino que pretendía guiar la lectura dando indicios de personajes y, probablemente, de acontecimientos narrados en el libro.

²⁵ Es necesario emprender un estudio profundo sobre Soto Hall en la Argentina, pues, posiblemente, arrojaría nuevos datos y revelaciones sobre su actividad periodística e intelectual en esa nación. Allí se publicaron varios de sus libros y fue un redactor de crónicas y ensayos periodísticos totalmente desconocido por la crítica literaria e histórica hasta el momento; es por ello que nuestras observaciones sobre el autor y su obra deben considerarse provisorias y parciales.

Pablo Valle, crítico contemporáneo de *La Sombra de la Casa Blanca*, comparte la interpretación de que era una novela en clave, pero, por el contrario, tiene sus reservas sobre ese procedimiento: “Ilusión de fidelidad a la historia y cobardía de último momento. Esto puede ser especialmente verdadero en *La Sombra de la Casa Blanca*, que trata sucesos contemporáneos con un final negativo para la posición que el autor parece sostener”²⁶.

Un lector autorizado como Miguel Ángel Asturias se refirió a la novela de modo ponderado y señaló características más inmediatas y técnicas: falta de sorpresa, intriga casi infantil, narración perfecta. Por todas sus 316 páginas hay palpitación patriótica y esto último es lo que merece ser rescatado, dice Asturias:

Esta reforma profunda de su personalidad que, lejos de hacer las de Chocano, que sigue defendiendo tiranías ayer a Estrada Cabrera y hoy a Leguía, se ha lanzado al gran mundo de las letras con su propio bagaje, ha conquistado un puesto entre los más envidiables y desde allí maneja la pluma, siguiendo las huellas de Ugarte, contra los conquistadores rubios²⁷.

La sombra de la Casa Blanca lleva como subtítulo *Libro de emoción, pasión, de verdad y justicia*, cuatro adjetivos que acercan y advierten al lector de aspectos centrales del texto. Luego aparece el paratexto, en forma de epígrafes, que son marcas de visibilidad de la propuesta narrativa desde el punto de vista estrictamente político e ideológico. Se trata de, al menos, siete comentarios breves realizados por figuras eminentes, de nacionalidad norteamericana, que aluden, invariablemente, a algún tema en favor de la soberanía, el respeto, la no agresión, contra la explotación y la no intervención de Estados Unidos a los países latinoamericanos.

La trama de la novela se puede resumir con brevedad. Tres hermanos de origen nicaragüense, uno de ellos, Alberto Urzúa, el héroe del relato, y dos hermanas, Carolina y Emma, viajan a Estados Unidos luego de abandonar por razones políticas, su país natal.

Provenientes de una familia liberal, se ven envueltos en una serie de acontecimientos y procesos de adaptación y rechazo de las nuevas circunstancias que vivían, sin descuidar los sucesos propios de Nicaragua y la conflictiva relación de esta última y la política norteamericana. Un sin-

²⁶ Valle, “El puente y La sombra,” p. 12.

²⁷ Asturias, “La sombra de la Casa Blanca,” p. 2.

número de acontecimientos se interrelacionan con este aspecto, creando personajes y situaciones diversas que llevan a Alberto Urzúa, junto con otros patriotas que están en el exilio, a preparar la lucha armada y una expedición para devolverle a Nicaragua su libertad. En el intento mueren todos los insurrectos, aplastados por el ejército y la intervención norteamericana, en la que se incluye un bombardeo en plena montaña donde operaba el grupo rebelde.

Mientras el narrador va construyendo los personajes, pone en sus voces muchos acontecimientos trascendentales de la historia de Centroamérica, entre los que destaca la lucha emprendida contra los filibusteros, la cual es descrita con innumerables detalles históricos. La guerra trajo un coste en vidas, orfandad, sacrificios y pobreza, pero aprendimos dos cosas inapreciables, dice el narrador, por boca de don Santiago, padre de Alberto Urzúa:

Primero nos convencimos prácticamente de que, aunque separadas políticamente, las naciones de la América Central están unidas moralmente, tienen una sola alma en la que alienta, con todo vigor, el sentimiento más hondo de fraternidad; segundo, y esto es importantísimo, nos dimos cuenta de dónde está el peligro para nosotros. Ese gigante vecino del Norte es y será siempre una amenaza para los pueblos pequeños. “El político yankee, acentuaba, no en son de ofensa, sino de apreciación psicológica, con ruda bota claveteada o con guante de cabritilla, siempre tiene algo de filibustero” (*La sombra de la Casa Blanca*, p. 20).

Este es el tono de toda la narración, el conflicto abierto entre Estados Unidos y Latinoamérica, y aboga por una de las tareas pendientes, aún hoy, para frenar dicho peligro: la unidad de los países de Centroamérica. Sentencia, asimismo, el carácter malandrín y bandolero del político y de la política de Norteamérica respecto a otros países.

El relato se afana por correlacionar ese pasado de amenaza de la soberanía con la defensa de la misma, por parte de los centroamericanos, y resalta, a la vez, la figura de Juan Santamaría como prototipo de héroe.

La narración está llena de episodios que viven los personajes, que evidencian, al mismo tiempo, su admiración por Estados Unidos, sobre todo por su adelanto tecnológico. A ese recuento de hechos acompañará la exposición de una serie de acontecimientos que harán que los personajes entren en confusión y contradicción. Por ejemplo, Alberto Urzúa

sabía de la política imperialista de Estados Unidos, del incremento que tomaba día a día; eran muchos los hechos que abonaban en esa dirección, sobre todo, de la ingerencia norteamericana en los asuntos domésticos de su país. Era tal la desazón en la que se encontraba Arzúa, entre su optimismo de joven patriota, que no lo dejaba ver claro y le hacían debatirse ente la esperanza y la desesperanza. Decidido, entonces, a orientar sus ideas, busca consejo en un compañero de trabajo, Amézquita, de origen guatemalteco, quien le dice:

Yo soy un poco dado a ver sombras. Óigame pues, pero poniendo mis opiniones a beneficio de inventario. La calle Wall, y bajo ese nombre cobijo a todos los grandes banqueros norteamericanos, y la Casa Blanca son la misma cosa: son una sola cosa: trabajan en común, se ayudan en todo, se aconsejan, se consultan, se complementan. La razón es obvia. El dólar es el árbitro supremo en este país. Es el regulador de la vida oficial y política, aún en las cuestiones más graves y trascendentales. Decide si debe pactarse la paz o si debe declararse la guerra, y riase usted de la democracia y la justicia, que sólo suelen hacer de testaferró. El dólar sirve de base y fundamento, lo mismo a los tratados amistosos que a los mercantiles. Es el eje de los problemas internacionales y guía y norma de los diplomáticos estadounidenses, y en cuanto a nosotros, es decir, a nuestros pequeños países, de él dependen en absoluto nuestras relaciones con la gran república (p. 58).

La cita anterior, sin ambages, muestra cómo el narrador tenía una percepción muy clara de las relaciones del poder económico y de las cuestiones políticas, y cómo gran parte de la política interna de nuestros países se relacionaba con ella. Las reflexiones del amigo no paran allí. También le explicará sobre la política de no reconocimiento, los tratados oprobiosos, las concesiones leoninas y los privilegios exclusivos, entre otros.

Hay en la novela unos hechos que describe el narrador y que merecen destacarse. Se trata de un atentado en la calle Wall que se achacó a los extremistas, a quienes se culpaba por:

el escenario elegido, la arteria principal del barrio de los grandes negocios, donde en cientos de talleres se hila el oro con que la araña formidable del capitalismo norteamericano teje la tela con que envuelve al mundo. Frente a la casa de Morgan, príncipe del dólar, cuya influencia se hace sentir en Europa y América, no sólo en lo económico sino en lo político [...] se había

escogido el momento en que las calles, en ese sector del distrito poderoso, están llenas de gente, para que el número de víctimas fuera mayor y en consecuencias más imponente el pánico que se produjera. No cabía punto a dudar: se trataba de uno de esos golpes de odio social de que sólo podían ser capaces los exaltados, sin respeto a las leyes ni humanas ni divinas (p. 123).

Lo que viene después, en el mundo narrado, fue la condena y demanda de justicia. La policía desplegó la búsqueda de los culpables, la prensa llenó sus páginas, informando y describiendo historias, se supo el número de víctimas con toda exactitud, se describieron pequeñas biografías de cada una de ellas, se hacía resaltar las circunstancias que más podían impresionar, se pintaban, con los más vigorosos colores, las escenas de dolor que habían tenido lugar en el teatro del crimen, era el torneo del periodismo en el que cada uno quería sobresalir. Cientos de individuos fueron detenidos por sospechosos, miles de testigos declaraban a diario. Meses más tarde, se descubrió que el crimen había tenido un origen casual. Una gran casa comercial, proveedora de explosivos, resultó, sin intención, ser la causante del siniestro por imperdonable descuido.

Se muestra el ingenio del escritor al narrar este suceso ocurrido en el emblemático y simbólico distrito financiero norteamericano, las causas sociales y económicas del hecho, perpetrado, además, por “uno de esos golpes de odio social del que sólo podía ser capaces los exaltados, sin respeto a las leyes ni humanas ni divinas”, un “acto extremista”. No podemos dejar de pensar, con todas las reservas y diferencias que merece el acto ficcionalizado con el del mundo real, en el atentado de las Torres Gemelas, ocurrido el 11 de septiembre de 2001, en el famoso distrito corazón de las finanzas del Imperio. Sucesos perpetrados también por “terroristas”, “sin ley”, “sin dios”. Ambos acontecimientos se asemejan en el sentido de que el novelista produce una invención verosímil, que tiene por objeto revelar el poder simbólico que tiene ese distrito como dominio imperial.

La gran virtud de la novela es desenmascarar las diversas maneras y mecanismos del intervencionismo norteamericano y ponerlos en una forma narrativa, llena de pequeñas historias personales, amorosas, de intriga política, económica y diplomática, donde los personajes confabulan para apoderarse del pequeño país centroamericano. Muchos párrafos y frases son expresión madura y categórica del antiimperialismo profesado en la novela, donde se refiere a los pactos, a empréstitos usureros, a intrigas políticas para separar a los pueblos de la región y a la imposición de dictaduras.

La novela fue alabada por el premio Nobel Miguel Ángel Asturias, en una nota crítica en la que comentaba: “*La sombra de la Casa Blanca*, como todo lo que se relaciona con la política expansionista de Norteamérica, el que lee esta novela siente que asiste a la comisión de un crimen”.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Edward Said propone que para entender determinadas obras antiimperialistas parece indispensable, primero, leerlas como productos de la imaginación creadora e interpretativa y luego analizarlas, dentro de las relaciones entre cultura e imperio. A estas alturas sugiere que es posible desprendernos de las visiones de las que los escritores están determinados por la ideología, la clase o la historia económica, pero sí que pertenecen, en gran medida, a la historia de sus sociedades y que son modelados, a la vez que modelan, tal historia y experiencia histórica²⁸.

El vocabulario de la cultura imperialista clásica está cuajada de palabras y conceptos como *inferior*, *razas sometidas*, *pueblos subordinados*, *dependencia*, *expansión* y *autoridad*. A partir de las experiencias imperiales, las nociones acerca de la cultura fueron clarificadas, reforzadas o rechazadas²⁹. Si observamos con detenimiento la evolución y las percepciones de estas palabras en el lenguaje de las narrativas que estudiamos, se aprecian los cambios, las variaciones, los énfasis, deslices o matices. Es por ello necesario pensar estas variaciones a partir de un concepto flexible de antiimperialismo, que nos permita adentrarnos en su propia historicidad y no imponer, desde fuera o desde otro lugar, su conceptualización.

La creación literaria de Soto Hall, las novelas y el ensayo antiimperialistas, ilustran dos momentos clave de la experiencia histórica imperialista: el primero de fines del siglo XIX y el segundo de los primeros treinta años del siglo XX. Un incipiente antiimperialismo que se comienza a fijar en la novela decimonónica *El problema*, aceptando que es la primera representación narrativa, ficcional, que alerta de los peligros de la absorción de una nación constituida por una raza superior y la permeabilidad de otra inferior, se nos presenta como el marco donde opera esta primera narrativa. No se trata de una conceptualización de dicho fenómeno. El

²⁸ Said, *Cultura e imperialismo*, p. 26.

²⁹ Said, *Cultura e imperialismo*, p. 44.

propio concepto imperialismo y su otro lado, el antiimperialismo, aún no pertenecían al contexto lingüístico de la época. Hubo que esperar unos cuantos años más para avanzar en esta última dirección. Por ello se puede explicar, también, la evolución en el uso de estas últimas nociones en su ensayo *Nicaragua y el imperialismo norteamericano* de 1928 y en la novela *La sombra de la Casa Blanca*, donde la enunciación es más coherente y sistemática, motivada por las modulaciones de la experiencia imperial en nuestros países.

No debemos perder de vista o dejar de lado el contexto nacional e internacional de estas representaciones literarias de los hombres de negocios, de los banqueros, los diplomáticos o los políticos, y centrarnos únicamente en la coherencia interna de los personajes en el texto. Ello supondría no captar una de las conexiones esenciales entre las obras de ficción y su mundo histórico. Las obras de arte, a causa de su *mundanidad*, a causa de sus complejas vinculaciones con su contexto real, se vuelven más interesantes y más valiosas. En resumidas cuentas, si bien es cierto que debemos avanzar en estos corpus narrativos antiimperialistas, se hace necesario adelantar en las indagaciones narrativas imperiales y, con ello, ir completando el complejo panorama de las relaciones entre imperialismo y cultura en nuestro continente.

BIBLIOGRAFÍA

- Albizúrez Palma Francisco y Catalina Barrios
Historia de la literatura guatemalteca, t. II, Guatemala, Editorial Universidad de Guatemala, 1999.
- Altamirano, Carlos
La ciudad letrada: de la conquista al modernismo, Buenos Aires, Katz, 2008.
- Andueza, María
 “Los hijos de Ariel”, en *Cuadernos Americanos*, 85 (2001), pp. 36-42.
- Arévalo, Juan José
La Argentina que yo viví 1927-1944, México, B. Costa-Amic Editor, 1974.
- Asturias, Miguel Ángel
 “La sombra de la Casa Blanca por Máximo Soto Hall”, *Paris 1924-1933 Periodismo y creación literaria*, España, Colección Archivos, 1988.

- Borja, César
 “Carta”, en *La República*, 21 de septiembre de 1899, en Molina y Ríos, 2002.
- Chartier, Roger
Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero, México, Universidad Iberoamericana, 1997.
- Durán Luzio, Juan
 “Estados Unidos versus Hispanoamérica: en torno a la novela del 98”, en Soto Hall, 1992.
- Marchesi, Aldo
 “Imaginación política del imperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta”. <http://www.tau.ac.il/index.php?option>
- Molina, Iván
La estela de la pluma: cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX, Heredia, Editorial Universidad Nacional, 2004.
- y Verónica Ríos
 “La primera polémica que provocó *El problema*, novela del escritor guatemalteco Máximo Soto Hall. Una contribución documental”, en *Revista Istmo*, [en línea], 3 (2002).
- Myers, Jorge
 “Los intelectuales latinoamericanos desde la Colonia hasta el inicio del siglo XX”, en Altamirano, 2008.
- Real de Azúa, Carlos
 “Ante el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo”, en Zea, 1986.
- Ríos Quesada, Verónica
 “El impacto de la publicación de la novela *El problema* de Soto Hall en la Costa Rica de 1899”, en *Revista Istmo*, [en línea], 4 (2004).
- Quesada, Álvaro
 “*El problema* en el contexto costarricense”, en Soto Hall, 1992.
- Quesada Monge, Rodrigo
 “*El problema* del imperialismo en Máximo Soto Hall”, en *Revista Letras*, 25-26 (1998), pp. 43-59.
- Said, Edward
Cultura e imperialismo, Barcelona, Anagrama, 1996.

Soto Hall, Máximo

La sombra de la Casa Blanca, Buenos Aires, El Ateneo, 1927.

—, *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, Buenos Aires, Artes y Letras editorial, 1928.

—, *El problema*, San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1992.

Suárez, Luis

Un siglo de terror en América Latina, La Habana, Ocean Sur, 2006.

Terán Óscar

“El *Ariel* de Rodó o cómo entrar en la modernidad sin perder el alma”, en Liliana Weinberg (coord.), *Estrategias del pensar 1*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 45-64.

Valle, Pablo

“*El puente* y *La sombra de la Casa Blanca*, dos novelas ¿antiimperialistas? de Máximo Soto Hall, [en línea].

Zea, Leopoldo (coord.)

América latina en sus ideas. México, Siglo XXI, 1986.